

á pesar de que las muchachas de la fonda eran lindas. Fitz-Moris, gran jugador de mallo, era nuestro presidente; y, no obstante la mala reputación de los estudiantes, puedo decir que hallé mejores costumbres y honradez en aquella juventud, de la que hubiera podido encontrar entre hombres formales. Eran más bullangueros que crapulosos, más divertidos que libertinos; y yo me adapté tan fácilmente á un método de vida, cuando es voluntaria, que sólo hubiera deseado que éste durase siempre. Entre aquellos estudiantes había algunos irlandeses, con los cuales procuré aprender algunas palabras inglesas, por precaución, previniéndome para ir á Saint-Andiol, época que ya se acercaba. La señora de Larnage me apremiaba á cada correo, y yo me disponía á obedecerla.

Era evidente que mis médicos, que no habían entendido nada en mis dolencias, me tomaban por un enfermo imaginario, y me trataban en consecuencia con su china, aguas y suero. Enteramente al revés de los teólogos, los médicos y los filósofos no admiten como verdadero sino lo que pueden explicar, y hacen de su inteligencia la medida de lo posible. Esos señores no entendían nada de mi enfermedad; luego yo no estaba enfermo; porque, ¿cómo suponer que unos doctores no lo supiesen todo? Vi que no buscaban más que entretenerme y hacerme perder el dinero; y juzgando que su sustituto de Saint-Andiol obtendría igual resultado que ellos, pero más agradablemente, resolví darle la preferencia, y con esta sana intención larguéme de Montpellier.

Partí á fines de noviembre, después de haber permanecido mes y medio ó dos en esta ciudad, donde dejé una docena de lises sin provecho alguno para mi salud ni para mi instrucción, fuera de un curso de anatomía que había comenzado con Fitz-Moris y que me vi obligado á abandonar á causa de la horrible ediondez de los cadáveres que se disecaban y que me fué imposible soportar.

Mal satisfecho de mí mismo por mi resolución, iba reflexionando camino de Pont-Saint-Esprit, que lo era igualmente de Saint-Andiol y de Chamberi. El recuerdo de mi mamá y sus cartas, aunque menos frecuentes que las de la señora de Larnage, despertaban en mi alma el remordimiento que había ahogado al principio de mi marcha, y vino siendo tan vivo á la vuelta, que equilibrando el amor con el gusto, me pusieron en situación de oír la razón sola. Desde luego, en el papel de aventurero que iba á tomar nuevamente, podía ser menos afortunado que la vez primera; bastaba que hubiese en toda la villa de Saint-Andiol una sola persona que hubiese estado en Inglaterra, que conociese á los ingleses ó su lengua, para desmembrarme. La familia de la señora de Larnage podía mirarme y tratarme con poco miramiento. También me inquietaba su hija, en quien pensaba, á pesar mio, más de lo que era menester; temblaba de enamorarme de ella, y este miedo hacía por sí solo la mitad del trabajo. ¿Iba yo á ir á corromper á la hija, á trabar las más detestables relaciones, introducir la disensiones, la deshonra, el escándalo y el infierno en su casa, en premio á las bondades de la madre? Esta idea me causó horror, tomé la firme resolución de combatirme y vencerme á mí mismo, si desgraciadamente se apoderaba de mí esta inclinación.

Mas, ¿para qué exponerme á este debate? ¿qué modo de vivir tan miserable con la madre, que al fin me saciaría; arrojando por la hija sin poder abrirle mi corazón! ¿Qué necesidad tenía yo de ir en busca de semejante estado, y exponerme á los disgustos, á las afrentas, á los remordimientos, en cambio de placeres, cuyo mayor encanto había gozado ya de antemano? Porque es muy cierto que mi fantasía había perdido su primer fuego. El gusto del placer existía todavía, mas la pasión había desaparecido. A todo esto se agregaban reflexiones referentes á mi situación, á mis deberes, á aquella mamá tan buena, tan

generosa, que agobiada ya de deudas, todavía lo estaba más con mis insensatos dispendios, que se arruinaba por mí mientras yo la engañaba tan vilmente. Este reproche creció tanto, que al fin ganó la partida. Próximo á Saint-Esprit, tomé la determinación de no pararme en Saint-Andiol y pasar de largo.

Lo ejecuté valerosamente, no sin algunos suspiros, lo confieso; mas también con la satisfacción interior, que experimentaba por vez primera, de poder decirme: « Merezco mi propia estimación, sé preferir mi deber á mi placer. » He aquí lo primero que debo verdaderamente al estudio; por él había aprendido á reflexionar y comparar. Con la pureza de principios que había adoptado hacía poco tiempo, con las reglas de prudencia y de virtud que me había formado y que tan satisfecho estaba de seguir, la vergüenza de ser tan poco consecuente conmigo mismo, de desmentir tan pronto y tan escandalosamente mis propias máximas, ganó la partida contra la voluptuosidad. Quizás tomó tanta parte en mi resolución el orgullo como la virtud; mas si este orgullo no es la verdad misma, produce efectos tan semejantes que es disculpable confundirlos.

Una de las ventajas de las acciones buenas es elevar el alma y disponerla á otras mejores; porque tal es la flaqueza humana que hay que colocar en el número de las buenas acciones la abstinencia de un mal que se han tenido tentaciones de cometer. Así que hube tomado esta resolución, me convertí en otro hombre, ó mejor, volví á ser el de antes y que había desaparecido en un momento de embriaguez. Henchido de buenos sentimientos y de buenas resoluciones, continué mi camino con el buen intento de expiar mi falta, proponiéndome arreglar en adelante mi conducta á las leyes de la virtud, consagrarme sin reserva á la mejor de las madres, á ofrecerle tanta fidelidad como cariño le profesaba, y no escuchar otro amor que el de mis deberes. ¡Ay de mí! la since-

ridad con que me restituí al bien parecía prometerme otro destino; mas el mío estaba ya escrito y comenzado; y cuando mi corazón lleno de amor por el bien y la pureza no veía en la vida más que inocencia y ventura, tocaba ya al funesto momento que debía inaugurar la larga cadena de mis desdichas.

La prisa de llegar me hizo ser más diligente de lo que había pensado. Desde Valence, le había anunciado el día y hora de mi llegada, y habiendo adelantado media jornada sobre mi cálculo, permanecí igual tiempo en Chaparillant con el fin de llegar exactamente á la hora que le había indicado. Quería gozar con todo su atractivo el placer del volver á verla, prefiriendo diferirlo un poco, para aumentarlo con el de ser esperado. Esta precaución siempre me había dado buen resultado, siempre había visto señalarse mi llegada, por medio de una especie de fiesta; no esperaba menos esta vez y su ansiedad que tanto me halagaba valía muy bien el trabajo de procurarla.

Llegué, pues, exactamente á la hora indicada. De lejos iba mirando si la vería aparecer en el camino, y el corazón me latía más fuertemente á medida que me aproximaba. Llego jadeante, pues había dejado el coche en la ciudad; á nadie veo en patio, puerta ni ventana. Empecé á turbarme temiendo algún accidente. Entro, la más completa tranquilidad; los trabajadores comían en la cocina, y no se notaba preparativo alguno. La criada se sorprendió de verme; ignoraba mi llegada. Subo, y veo al fin á esta cara mamá tan tierna, tan pura, tan vivamente amada; corro, me precipito á sus plantas. «Ola, hijo mío, dijo abrazándome: ¿has tenido buen viaje? ¿Cómo estás?» Este recibimiento me cortó un poco. Le pregunté si no había recibido mi carta; me contestó que sí. «Yo hubiera creído que no,» repliqué; y aquí acabaron las explicaciones. Estaba con ella un joven, á quien conocía yo por haberle visto en la casa antes de mi partida; mas esta vez parecía establecido en

ella, y lo estaba en efecto. En una palabra, hallé mi puesto ocupado.

Ese joven era del país de Vaud, hijo de un tal Vintzenried, guardián, por más que él se llamaba capitán, del castillo de Chillon. El hijo del señor capitán era un oficial peluquero, y recorría el mundo en calidad de tal cuando se presentó á la señora de Warens, quien le acogió bien, como hacia con todos los transeúntes, y sobre todo con los de su país. Era hombre muy insulso, pelirrojo, bastante bien formado, de fisonomía y alma vulgares, que hablaba como el bello Leandro; confundía todos los tonos, todas las aficiones de su profesión con la larga historia de sus conquistas; no nombraba más que la mitad de las marquesas con quienes había tenido relaciones íntimas, y pretendía no haber peinado mujer bonita, cuyo marido no hubiese quedado igualmente peinado; vano, estúpido, ignorante é insolente, aunque por lo demás era un buen muchacho. Tal fué el que me substituyó en mi ausencia y el socio que me ofreció á mi regreso.

¡Oh! si las almas desprendidas de las terrestres trabas ven aún desde el seno de la luz eterna lo que pasa entre los mortales, perdonad, sombra querida y respetable, si no encubro más vuestras faltas que las mías y si levanto igualmente el velo que cubre unas y otras á los ojos de los lectores. Debo, quiero, ser veraz por vos, como por mi mismo; siempre perderéis en ello mucho menos que yo. Además, ¡cuán bien no compensan y expían, vuestro carácter amable y dulce, la inagotable bondad de vuestro corazón, vuestra sencillez y todas vuestras relevantes virtudes, vuestras flaquezas, si tales pueden llamarse los extravíos de vuestra razón! Tuvisteis errores, mas no vicios; vuestra conducta fué reprehensible, pero vuestro corazón se conservó siempre puro.

El advenedizo se había mostrado celoso, diligente, exacto en

todas sus pequeñas comisiones, que eran siempre en gran número, y se había convertido en capataz de sus trabajadores. Tan activo como yo quieto, se hacia ver y sobre todo oír á la vez en el arado, en los henos, en el bosque, en la cuadra y en el corral. No descuidaba más que el jardín, porque era un trabajo harto apacible, y en el cual no podía meterse ruido. Su mayor placer consistía en cargar y acarrear, en aserrar ó partir leña; siempre se le veía empuñando el hacha ó el azadón; se le oía correr, golpear y gritar á voz en cuello. No sé de cuantos hombres hacia el trabajo, pero metía ruido por diez ó doce. Esa algazara subyugó á mi pobre mamá, que creyó hallar en él una alhaja para sus intereses, y queriendo granjearsele, empleó todos los medios que le parecieron conducentes, sin olvidar aquel en que más confiaba.

Ya debe conocerse mi corazón, sus sentimientos más constantes, más verdaderos, sobre todo los que á la sazón me conducían al lado de ella. ¡Qué rápido trastorno en todo mi ser! Póngase cada cual en mi lugar para juzgarlo. En un instante, vi desvanecerse para siempre todo el porvenir de ventura que yo me había imaginado: todas las ideas placenteras, que tan afectuosamente acariciaba, huyeron; y yo que desde mi infancia no podía concebir mi existencia separada de la suya, me encontré solo por vez primera. Este momento fué espantoso; los que le siguieron fueron siempre sombríos. Yo era joven todavía, mas la dulzura de las ilusiones y de las esperanzas que vivifican la juventud me abandonó para siempre. Desde entonces el ser sensible permaneció medio muerto. Ya no vi para lo porvenir más que los tristes restos de una vida insípida; y si alguna vez todavía dió algún aliento á mis deseos una imagen de felicidad, no era ésta la que me convenia; presentía que aun obteniéndola, no sería realmente dichoso.

Era yo tan simple y mi confianza tan completa, que, á pesar

de que el advenedizo usaba un tono familiar que me parecía efecto de la franqueza de mamá, que atraía hacia sí á todo el mundo, nunca se me hubiera ocurrido sospechar la verdadera causa á no habérmela revelado ella misma; mas se apresuró á hacerme esta confesión con una franqueza capaz de aumentar mi coraje, si éste hubiese podido entrar en mi corazón, hallando ella por su parte la cosa muy sencilla, echándome en cara mi negligencia en la casa, y alegando mis frecuentes ausencias, como si su temperamento la hubiese inducido á llenar el vacío que yo con mis viajes dejaba. «¡Ah! mamá, le dije con el corazón oprimido por el dolor; ¡cómo, tenéis valor de decirme eso! ¡qué pago para un afecto semejante al mío! ¡Me habéis conservado la vida mil veces sólo para quitarme lo que me la hacía estimable! Moriré, pero vos me echaréis de menos.» Ella me respondió con tono tranquilo capaz de volverme loco, que yo era un niño, y que nadie se moría por esto; que nada perdería con ello; que no dejaríamos por eso de ser tan buenos amigos y tan íntimos en todos sentidos; que su tierno afecto hacia mí no podía cesar sino con su vida. En una palabra me dió á entender que todos mis derechos permanecían los mismos, y que no se me privaba de ellos, aunque los compartiera con otro.

Jamás la pureza, la verdad, la fuerza de mi cariño hacia ella: jamás se revelaron á mi alma la sinceridad, la honestidad y la fuerza de mis sentimientos con tanta energía como en este momento. Me precipité á sus pies y abracé sus rodillas deshecho en lágrimas. «No, mamá, le dije con efusión; os amo demasiado para envileceros; vuestra posesión me es demasiado cara para compartirla; el pesar que acompañó su adquisición ha crecido con mi amor; no, no puedo conservarla al mismo precio. Siempre os adoraré; haceos digna de ello; todavía me es más necesario honraros que poseeros. Os cedo á vos misma, oh mamá; sacrifico todos mis placeres á la unión de nuestros

corazones. ¡Muera yo mil veces antes de permitir nada que degrade al objeto de mi amor!»

Cumplí esta resolución, me atrevo á decirlo, con una constancia digna del sentimiento que me indujo á tomarla. Desde este momento ya no vi á esta mamá tan querida sino con los ojos de un verdadero hijo; y es de notar que, aunque en su interior no aprobaba mi resolución, como tuve ocasión de observarlo, jamás empleó para hacerme renunciar á ella, insinuaciones, ni caricias, ni ninguna de esas diestras zalameñas que tan bien manejan las mujeres sin comprometerse y que raras veces dejan de salirles bien. Reducido á procurarme una posición independiente de ella, y no pudiendo siquiera imaginarla, pronto pasé al extremo opuesto y la busqué en ella exclusivamente. Y tanto me empeñé lograrlo, que casi llegué á olvidarme de mí mismo. El deseo ardiente de verla feliz á todo evento, absorbía todas mis afecciones; por más que ella separase de la mía su felicidad, yo consideraba la suya como mía á despecho suyo.

Así con mis desgracias comenzaron á germinar mis virtudes, cuya semilla estaba en el fondo de mi alma; el estudio las había cultivado, y para desarrollarse no esperaba más que el fermento de la adversidad. El primer fruto de esta disposición tan desinteresada fué alejar de mi corazón todo sentimiento de odio y de envidia contra el que me había suplantado; al contrario, quise con sinceridad bienquistarme con ese joven, dedicarme á formarle, á educarle, darle á conocer todo el precio de su fortuna, convertirlo en digno de ella, si posible fuese, y en una palabra, hacer por él todo lo que Anet hizo por mí en ocasión semejante. Mas faltaba la paridad entre las personas. Teniendo yo mayor dulzura y más luces, carecía de la sangre fría y firmeza de Anet, así como de aquella entereza de carácter que imponía y que tanto hubiera necesitado para salir adelante en mi empresa. Además tampoco hallé en aquel jo-

ven las cualidades que Anet había encontrado en mí: la docilidad, el afecto, la gratitud, sobre todo el sentimiento que á mi me animaba de la necesidad de sus cuidados, y el deseo ardiente de procurar que me fuesen de utilidad. Ahora faltaba todo esto. Aquel á quien yo quería formar no veía en mí más que un pedante que sólo tenía cháchara. Es más: hasta se admiraba á sí mismo como á un hombre importante en la casa; y midiendo los servicios que creía prestar por el ruido que metía, consideraba sus hachas y azadones como infinitamente más útiles que todos mis librotes. Hasta cierto punto no le faltaba razón, mas lleno de esta idea se daba una importancia capaz de hacer reventar de risa. Se las echaba con los labradores de hidalgo lugareño; á poco hizo lo mismo conmigo y al fin hasta con mamá. Pareciéndole poco noble su nombre de Vintzenried, lo cambió por el de señor de Courtilles; y bajo este último, fué conocido después en Chamberi y en Maurienne, donde se ha casado.

En fin, tanto las echó de ilustre personaje, que acabó por ser el todo de la casa, y yo nada. Como cuando yo tenía la desdicha de disgustarle, era á mamá á quien regañaba y no á mí, el temor de exponerla á sus brutalidades me hacía dócil á sus exigencias y cada vez que partía leña, empleo que desempeñaba con singular altanería, preciso era que yo permaneciese allí como expectador ocioso y como tranquilo admirador de su proeza.

Sin embargo, este muchacho no carecía enteramente de buen fondo; quería á mamá, porque era imposible no quererla; á mí mismo no me tenía aversión; y cuando los intervalos de su impetuosidad permitían hablarle, á veces nos escuchaba con bastante docilidad y convenía francamente en que era un mentecato; después de lo cual, no dejaba de cometer nuevas tonterías. Por otra parte, su inteligencia era tan limitada y sus gustos tan bajos, que difícilmente se podía razonar con él y

era casi imposible complacerse en su trato. Á la posesión de una mujer llena de encantos añadió la salsa de una doncella vieja, de pelo rojo y desdentada, cuyo desagradable servicio mamá tenía la paciencia de soportar, aunque le revolvió el estómago. Yo eché de ver este nuevo manejo, que me exasperó de indignación; pero observé también otra cosa que me afectó más vivamente todavía y me hundió en un profundo abatimiento más que todo cuanto hasta entonces había sucedido, y fué la frialdad de mamá conmigo.

La privación que yo me había impuesto, y que ella había hecho como que aprobaba, es una de las cosas que las mujeres no perdonan nunca, aunque no lo demuestren, no tanto por la privación que para ellas resulta, cuanto por la indiferencia con que se mira su posesión. Supóngase la mujer más filosófica, menos afecta al goce de los sentidos, el crimen más imperdonable que el hombre que menos le interese puede cometer con ella es que, pudiendo poseerla, no lo haga. Forzoso es que esta regla no tenga excepción, pues alteró una simpatía tan natural y tan fuerte, una abstinencia que no reconocía más causa que virtud, estimación y afecto. Desde entonces cesé de encontrar en ella esa afinidad de los corazones que fué siempre la mayor dulzura para el mío. Ya no se desahogaba conmigo sino cuando tenía que lamentarse del recién venido; cuando estaban en armonía, me daba muy poca parte en sus confidencias. En fin, poco á poco fué tomando un modo de vivir de que yo no formaba ya parte alguna. Mi presencia le complacía aún, más ya no le era indispensable; y aunque hubiese pasado días enteros sin verme, no se hubiera hecho cargo de ello.

Insensiblemente me hallé aislado y solo en esta casa de la cual antes había sido el alma y donde, por decirlo así, estaba como un suplente. Poco á poco me acostumbé á separarme de cuanto en ella se hacía, como también de los que la habi-

taban; y, para ahorrarme continuas amarguras, me encerraba con mis libros, ó me iba á suspirar ó llorar en la soledad de los bosques. Pronto me fué esta vida del todo insoportable. Comprendía que la presencia personal y el alejamiento de corazón de una mujer que tanto amaba, irritaba mi dolor, y que cesando de verla sentiría menos cruelmente la separación. Formé el proyecto de abandonar la casa, se lo dije, y, lejos de oponerse, convino en ello. Tenía ella en Grenoble una amiga, llamada señora de Ibens, cuyo marido estaba relacionado con el señor de Mably, gran preboste de Lyon. El señor de Ibens me propuso el cargo de maestro de los hijos del señor de Mably; yo acepté y partí para Lyon sin dejar tras de mí, ni casi sentir, el menor pesar por una separación cuya sola idea nos hubiera costado en otro tiempo las angustias de la muerte.

Poseía casi los conocimientos necesarios para un preceptor y creía tener la disposición indispensable para serlo; mas durante el año que permanecí en casa del señor de Mably, tuve ocasión de desengañarme. La dulzura de mi carácter me nubiera hecho muy á propósito para el caso, si el arrebatamiento no hubiese dado lugar á tempestades. Mientras todo iba bien y veía que mis cuidados y fatigas producian resultado, ningún trabajo me dolía y era un ángel; mas era un diablo cuando iban mal. Cuando mis alumnos no me entendían, me exasperaba; y cuando manifestaban indocilidad, les habria matado; esto no era seguramente el mejor medio de hacerlos sabios y prudentes. Tenía dos de genio muy diferentes. Uno de ocho á nueve años, llamado Santa María, era de buena figura, de inteligencia bastante despejada, vivo, bullicioso y muy farambana; pero divertido y alegre en su malignidad. El menor, llamado Condillac <sup>1</sup> parecía casi estúpido,

<sup>1</sup> Sobrino del filósofo.

huraño, más testarudo que un borrico, é incapaz de aprender nada. Como puede suponerse, con este par de cabezas de nada servía mi trabajo. Á fuerza de paciencia y sangre fría, tal vez habria salido del paso, mas faltándome una y otra, no hice nada que valiese la pena, y mis alumnos no adelantaban nada. No me faltaba asiduidad, pero sí entereza y sobre todo prudencia. No sabía emplear con ellos más que tres medios inútiles siempre y frecuentemente perniciosos con los niños: el sentimiento, los razonamientos y el enojo. Ya me enternecía con Santa María hasta el derramar lágrimas; quería enternecerle, como si el muchacho hubiese sido susceptible de una emoción verdadera; ya me fatigaba haciéndole discursos, como si hubiese podido entenderme; y como á veces me contestaba con mucha sutileza, le tomaba de veras por razonable, porque era razonador. El pequeño Condillac era todavía más embarazoso, pues sin entender nada, ni responder nada, ni conmovirse por nada y obstinado á toda prueba, nunca triunfaba mejor de mí como cuando me habia encolerizado; entonces él era el discreto, y yo el niño. Yo veía todas mis faltas y me dolían; estudiaba el carácter de mis alumnos, penetraba perfectamente en su interior y no creo que ni una sola vez me viese engañado por sus mañas. Mas, ¿de que me servía ver el mal sin saber aplicar el remedio? Conociéndolo todo, nada evitaba, nada lograba, y hacia todo lo que no debía hacer.

No obtenía casi mejor resultado para mí que para mis discípulos. La señora de Ibens me habia recomendado á la de Mably. Aquélla habia rogado á ésta que procurase formar mis maneras y comunicarme el tono de sociedad. Ésta hizo algo para conseguirlo, y quiso que yo aprendiese á hacer los honores de su casa; pero lo hice tan mal, era tan vergonzoso, tan simple, que pronto se disgustó y me dejó plantado. Esto no impidió que, según mi costumbre, me enamorase de ella, lo que dejé traslucir lo bastante para que se hiciese cargo de

ello, mas nunca osé declararme. No la encontré dispuesta á tomar la iniciativa y me quedé con mis miradas y mis suspiros, de que luego me cansé yo mismo, viendo que á nada conducian.

En casa de mamá, había perdido enteramente mi afición á robar bagatelas, porque perteneciéndome todo, nada tenía que robar. Además, los elevados principios que me había formado debían hacerme para lo sucesivo superior á tales bajezas, y es muy cierto que desde entonces generalmente lo he sido; pero no es tanto por haber cortado la raíz como por haber aprendido á vencer mis tentaciones; y temería mucho volver á robar, como en mi infancia, si me viese sujeto á iguales deseos. Se me ofreció una prueba de esto en casa del señor de Mably. Rodeado allí de varias chucherías, que ni siquiera miraba, se me antojó codiciar cierto vinillo blanco de Arboix, muy agradable, á que me habían aficionado algunos vasos, que de vez en cuando bebía en la mesa. Estaba algo espeso; yo creía saber clarificarlo; me lo confiaron y lo clarifiqué deteriorándolo, aunque sólo á la vista; pues fué siempre sabroso, y esto hizo que me apoderase de algunas botellas de cuando en cuando, para beberlo á mis anchas particularmente. Desgraciadamente, nunca he podido beber sin comer; mas, ¿cómo componérmelas para tener pan? Guardarlo era imposible; mandarlo comprar por los lacayos era descubrirme y casi insultar al amo de la casa, y no me atreví á comprarlo yo mismo; todo un caballero con espada al cinto, ¿podía ir á buscar un pedazo de pan en casa de un tahonero? Me acordé entonces de lo que contestó una princesa, á quien dijeron que los labradores no tenían pan, y ella dijo: «Que coman tortas<sup>4</sup>.» ¡Cuántas dificultades tuve para lograrlo! Saliendo sólo para este objeto recorría á veces toda la ciudad y pasaba por

<sup>4</sup> Variante: Entonces compré tortas...

delante de treinta pastelerías antes de entrar en ninguna. Preciso era que no hubiese en la tienda más que una persona y que su fisonomía me inspirase mucha confianza para que me atreviese á pisar el umbral. Mas una vez dueño de mi cara torta y encerrado en mi cuarto, iba á sacar mi botella del fondo de un armario. ¡Que deliciosas comidillas hacía allí solo, leyendo algunas páginas de novela! Porque leer comiendo fué siempre mi mayor capricho, á falta de mejor compañía: es el suplemento de la sociedad que me falta. Alternativamente devoro una página y un bocado; es como si mi libro comiese conmigo.

Jamás he sido disoluto ni crapuloso, ni me he embriagado en la vida.

Así pues, mis pequeños robos no eran muy indiscretos: sin embargo, fueron descubiertos; las botellas me vendieron. No me lo dieron á entender, pero me quitaron el encargo de la bodega. En todo esto el señor de Mably se conducía con discreción y prudencia. Era un hombre muy galante, que bajo un aspecto tan duro como su empleo, poseía un carácter verdaderamente dulce y una rara bondad de sentimientos; era juicioso, equitativo y, lo que no podría esperarse de un oficial de la prebostera, hasta muy humano. Agradeciendo su indulgencia, le cobré mayor afecto, y esto fué causa de que prolongase mi estancia en su casa más de lo que de otra suerte lo hubiera hecho. Mas, al fin, disgustado de un empleo para el cual no servía, y de una situación muy embarazosa que nada enia de agradable para mí, después de un año de prueba, durante el cual no escaseé mis cuidados, me resolví á dejar á mis discípulos, profundamente convencido de que jamás lograría educarlos bien. El mismo señor de Mably lo veía tan bien como yo; sin embargo creo que nunca se hubiera resuelto á despedirme, si yo no le hubiese ahorrado este trabajo, exceso de condescendencia que yo no apruebo seguramente en semejante caso.

Lo que me hacía más insoportable mi estado era la continua comparación que establecía entre él y el que anteriormente tenía; el recuerdo de mi querida casa de las Charmettes, de mi jardín, de mis árboles, de mi fuente, de mi verjel, y sobre todo, de aquella para quien yo había nacido, que daba vida á todo esto. Volviendo á pensar en ella, en mis placeres, en nuestra inocente vida, se me oprimía el corazón, y el ahogo me dejaba sin aliento para hacer nada. Cien veces me acometió el deseo de partir repentinamente y á pie para volar á su lado; con tal que la viese una vez siquiera, hubiera muerto contento en seguida. En fin no pude resistir tan tiernos recuerdos que me impelían hacia ella á toda costa. Yo me decía que no había sabido tener suficiente paciencia, que no había sido bastante complaciente y cariñoso; que todavía podía vivir feliz en el seno de una amistad tan dulce, poniendo algo más de mi parte.

Formé los más bellos proyectos del mundo y estaba frenético por ejecutarlos. Entonces lo dejé todo, renuncié á todo, partí, volé, llegué con todo el arrebato de mi juventud primera, y me encontré de nuevo á sus pies. ¡ Ah! hubiera muerto allí de gozo, si hubiese vuelto á encontrar en su acogida, en sus ojos, en sus caricias, en su corazón, en fin, la cuarta parte de lo que en ella encontraba en otro tiempo y de lo que yo le llevaba todavía.

¡ Horrible ilusión de las cosas humanas! Me recibió con aquella excelencia de corazón que no podía acabar sino con ella; mas yo iba en busca de un pasado que ya no existía y cuyo renacimiento era imposible. Apenas transcurrida media hora, cuando sentí muerta para siempre mi antigua felicidad. Nuevamente me hallé en la misma situación desoladora que me había visto forzado á abandonar, y esto sin que pudiese achacarlo á nadie; porque en el fondo Courtilles no era malo y pareció verme con más gusto que desagrado. Mas, ¿ cómo

entrar verme de supernumerario cerca de aquella para quien lo había sido todo y que no podía dejar de serlo todo para mí? ¿ Cómo vivir cual extraño en la casa donde había sido el niño? El aspecto de los objetos de mi pasada felicidad me representaban la comparación más cruel. En otra vivienda no hubiera sufrido tanto, pero ver incesantemente seres que me recordaban momentos tan dulces, era irritar el dolor de mi pérdida. Consumido por vanos pesares, sumergido en la más negra melancolía, volví á tomar la costumbre de permanecer solo, fuera de las horas de comer. Encerrado con mis libros, buscaba en ellos distracción provechosa; y sintiendo el peligro inminente que antes tanto había temido, me mortificaba con el fin de hallar en mí mismo los medios de remediarlo cuando mamá quedase exhausta de recursos. Yo había dispuesto en su casa las cosas de modo que marchase todo sin empeorar; pero después de mi salida, todo había cambiado. Su mayordomo era un disipador; quería brillar, lucir buen caballo y buen tren; le gustaba presentarse á lo noble á los ojos de los vecinos; acometía sin cesar empresas de que no entendía palabra; la pensión, de la cual le retenían la cuarta parte, se gastaba por adelantado, los alquileres estaban atrasados y las deudas iban siguiendo. Yo preveía que esta pensión sería embargada en breve y quizás suprimida. En fin, no vislumbraba más que ruina y desastres, y me parecía tan cercano el momento, que experimentaba con anticipación todos sus horrores.

Mi querido gabinete era mi única distracción. Á fuerza de buscar en él remedios contra la turbación de mi espíritu, me apliqué á buscarlos contra los males que presentía; y volviendo á mis antiguas ideas, me llené la cabeza de nuevos planes utópicos para sacar á mamá de la fatal estrechez en que se veía próxima á caer. No me sentí con bastantes conocimientos ni bastante ingenio para figurar en la república de los



etras y adquirir una fortuna por este camino, y una nueva idea que se me presentó me inspiró la confianza que no podía darme la medianía de mi capacidad. No había abandonado la música, aunque hubiese dejado de enseñarla; al contrario, había estudiado la teoría lo bastante para considerarme perito en esta parte. Reflexionando sobre el trabajo que me había costado aprender y descifrar las notas musicales, y en el que me costaba todavía cantar de repente, pensé que esta dificultad podía muy bien provenir tanto de la cosa como de mí, sobre todo sabiendo que en general el aprender música no es para nadie cosa fácil. Examinando la combinación de los signos, á menudo me parecían mal inventados. Muy anteriormente, había pensado en notar la escala por medio de cifras, á fin de evitar tener que trazar siempre líneas y pentágramas cuando se había de notar la mas pequeña cantata. Pero me había detenido la dificultad de las octavas y la del compás y de los valores de las notas. Esta antigua idea se reprodujo en mí mente, y discurriendo de nuevo sobre ella, vi que estas dificultades no eran insuperables. Medité acerca del asunto con buen éxito y logré notar alguna pieza de música por medio de mis cifras con la mayor exactitud, y puedo añadir que con la mayor sencillez. Desde este momento, di por hecha mi fortuna; y con el ardiente deseo de compartirla con aquella á quien todo lo debía, no tuve otro deseo que marchar á París, convencido de que presentando mi innovación á la Academia, causaría una revolución. Me había traído de Lyon algún dinero, vendí mis libros, y en quince días mi resolución quedó tomada y ejecutada. En fin, lleno de las magnificas ideas que me la habían inspirado, y siendo siempre el mismo en todos tiempos, partí de Saboya con mi sistema de música, como partí en otro tiempo de Turín con mi fuente de Hierón.

Tales han sido los errores y las faltas de mi juventud. He narrado su historia con una fidelidad de que mi corazón se

siente satisfecho. Si en lo sucesivo he honrado mi edad madura con algunas virtudes, con igual franqueza lo hubiera referido, y éste era mi designio; mas preciso es detenerme aquí. El tiempo puede levantar muchos velos. Si mi memoria llega á la posteridad, quizás sepa ésta algún día lo que tenía que decir. Entonces se sabrá por qué me callo.